
Pregón Semana Santa 2009

Callosa de Segura

Manuel C. Serrano Serrano



*Así como muchos quedaron horrorizados a causa de él,
porque estaba tan desfigurado
que su aspecto no era el de un hombre
y su apariencia no era más la de un ser humano,
así también él asombrará a muchas naciones,
y ante él los reyes cerrarán la boca,
porque verán lo que nunca se les había contado
y comprenderán algo que nunca habían oído.*

Isaías 52, 14-15

Reverendo Señor Cura Párroco de la Iglesia Arciprestal de San Martín, Ilmo. Señor Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Callosa de Segura, Presidente de la Junta Central, Cargos de Honor, reverendos sacerdotes, representantes de la corporación municipal, Presidentes y representantes de Cofradías y Hermandades, amigos todos de la Semana Santa.

Sirvan mis primeras palabras de agradecimiento hacia el presidente de la Junta Central y por extensión a su Junta Directiva y hacia la Asamblea General, por haberme otorgado el tan responsable honor de ser el pregonero de esta Semana Santa, y así, poder dirigirme hacia todos vosotros desde esta tribuna, en el incomparable marco de la Iglesia Arciprestal de San Martín, en un año tan especial para todos los callosinos como es este 2009, año jubilar en honor a nuestro patrón San Roque.

Tengo que decir que este nombramiento lo recibí con asombro y preocupación ante la responsabilidad que se me atribuía, pero también con ilusión, puesto que este es uno de los mejores regalos que la Junta Central le puede hacer a un cofrade que, como todos vosotros, conoce muy bien el esfuerzo que es necesario realizar para conseguir que nuestras procesiones salgan a la calle, los sacrificios que se han de realizar para que las bandas de tambores o las secciones de costaleros se preparen, siempre a costa de un tiempo libre que cada vez lo es menos, porque cada vez disponemos menos de él. Ignorando las voces que a menudo se alzan para recriminarnos vanidad o lucimiento personal; por hacer un trabajo casi siempre callado, y casi nunca recompensado, puesto que ninguna recompensa busca quien a la Semana Santa se entrega.

La Semana Santa para nosotros es casi vocacional, es entrega, sacrificio, sentimientos que afloran cuando las fragancias a azahar provenientes de nuestra huerta van invadiendo poco a poco nuestras casas, nuestro pueblo. Cuando los fríos del invierno van dejando paso a brisas primaverales, a tardes cada vez más cálidas, reconfortantes, apacibles. Cuando el ritmo inexorable de la naturaleza nos va regalando día a día con un poco más de luz, como si todo estuviera pensado para hacer más llevadera la tarea que se aproxima, como si todo se hubiese dispuesto para alargarnos más esas horas, esos días que necesitamos para tenerlo todo a punto, para cumplir con los compromisos que adquirimos de nuestros antepasados cuando aceptamos el gran legado que nos dejaron.

Hablar de Semana Santa ante todos vosotros no es una tarea fácil y no es fácil porque cada persona posee en sí misma una Semana Santa propia, fruto de sus recuerdos, de su experiencia personal, de sus vivencias cuando se cubre bajo el anonimato de una túnica, de sus reflexiones durante esos momentos de soledad, de meditación, de comunión con Cristo al revivir su Pasión, Muerte y Resurrección y a esas vivencias me quiero hoy referir.

Tenemos una gran Semana Santa, disponemos de unos tronos y una imaginería de un gran valor artístico, ese es un valor indudable. Es una Semana Santa rica en actos, no circunscrita única y exclusivamente a procesiones, sino que también a otras actuaciones más bien populares que dan a la Semana Santa callosina un carácter peculiar. Un claro ejemplo lo tenemos en actos que se remontan a los mismos inicios de nuestra Semana Santa y a sus precursores: Los Padres Alcantarinos y la Beata Godoya. Como el rezo de los pasos que se realiza durante toda la cuaresma, y que si bien no se engloba dentro de la Semana Santa propiamente dicha, viene a enriquecer y dotar de un sello de peculiaridad a esta. El Vía Crucis de Lunes Santo, realizado y mantenido con mucho esfuerzo por la Orden Franciscana Seglar, fieles herederos de una tradición inmemorial, y que rememoran todas las noches de Lunes Santo, la pasión y muerte de Jesús, ante la presencia del Cristo de las Siete palabras, en una manifestación popular de gran arraigo en nuestra localidad. O el encuentro que todas las madrugadas del Viernes Santo se realiza en la Plaza del Calvario, una escenificación dramatizada del Vía Crucis llena de sentimiento y emoción. Tradiciones que viven y se sustentan en la participación popular. Tradiciones que tenemos que ser capaces de mantener y divulgar, para que alcancen cada año mayor realce, mayor representatividad, para que adquieran, dentro de la Semana Santa, la importancia que realmente tienen, puesto que estos elementos son diferenciadores e identificativos, dotando a la Semana Santa callosina de un carácter propio y tradicional.

Pero nuestra Semana Santa, sin olvidar sus raíces, sus tradiciones, ha ido evolucionando, adquiriendo nuevos matices y detalles. Aceptando nuevas ideas y distintas maneras de entender nuestras representaciones pasionales, introduciendo nuevos actos que la han ido enriqueciendo con el tiempo. Buena prueba de ello son, la creación y consolidación de hermandades de carácter penitencial que han propiciado un estilo distinto, particular, ni mejor ni peor de lo ya existente, simplemente diferente. El emotivo encuentro entre la Virgen de los Dolores y Jesús del Perdón, entre Nuestro Padre Jesús y la Virgen de la Amargura, la procesión de la Esperanza Macarena, el felizmente recuperado sermón de las siete palabras, las nuevas imágenes y tronos que se han ido incorporando, los costaleros, las saetas o las marchas procesionales identificativas de las cofradías.

Se ha ganado en seriedad, en orden, en respeto a lo que representamos, en definitiva tenemos una Semana Santa más grande, mejor. Pero tenemos que seguir evolucionando en factores a los que todavía no hemos conseguido llegar de una manera clara y definitiva, aspectos tan importantes como la formación cofrade. Tenemos que ser capaces de lograr la implicación total y absoluta de los cofrades y hermanos con sus respectivas Cofradías y Hermandades, tenemos que intentar que la gran masa social que nos rodea entienda que la Semana Santa es espiritualidad, reflexión, oración, participación en los actos litúrgicos. En definitiva es importante que consigamos transmitir que el compromiso cofrade, es un compromiso como cristiano, con todo lo que ello significa.

La Semana Grande ha llegado, este acto, pórtico de la Semana Santa se enmarca entre la reciente Bajada de la Virgen de los Dolores y el próximo hermanamiento que año tras año se realiza en San Roque y que sirve de inicio a nuestras procesiones pasionales.

La Virgen de los Dolores, María, nuestra Madre, siempre presente entre todos nosotros, en nuestros corazones, en ese viernes mágico asoma por la puerta de su ermita y hace un llamamiento a todos los callosinos que se agolpan en el escueto trayecto que la separa de esta Iglesia Arciprestal. Es en ese momento, contemplándola con su mirada puesta en el cielo, con sus brazos abiertos, cuando sentimos que la hora ha llegado, parece que María nos avisa: prepárate, rescata tus avíos de capuchino, de nazareno, de costalero, ten presta tu mantilla, tu traje negro, porque Jesús de Nazaret, mi hijo, aquel a quien tanto amo, va a dar su vida por vosotros, por vuestra salvación.

Dispuestos a esa llamada, a esa invocación que la Reina y Soberana, la Madre de Dios nos realiza, no nos quedamos indiferentes, impasibles, sino que el nazareno rescata de su baúl su vesta cuidadosamente guardada durante un largo año, su cinto, su capucha y se dispone a cumplir con su compromiso cofrade, en un ritual que con el paso de los años se va haciendo cada vez más y más fuerte, más y más sentido.

Y este ritual se inicia año tras año, adquiriendo ya fuerza de costumbre, de tradición, en una mezcla de sonido y luz, en una combinación mágica de fuego y ritmo acompasado de tambores. En una manifestación de unión y fraternidad entre dos Hermandades que con su peculiar forma de ver la Semana Santa, matizan y enriquecen los actos pasionales.

*Cuatro cirios penitentes
van alumbrando tu Cruz
mientras tu cuerpo presente,
va señalando, Jesús,
la salvación de la gente.*

La cruz, el madero vacío y el Cristo Crucificado se unen simbólicamente en la plaza de nuestro patrón, al compás del metódico y constante ritmo que marcan los tambores de los Nazarenos de Cristo y los Moraos, en un acto de hermanamiento, que este año adquirirá un significado especial, al encontrarnos en pleno año jubilar. Año Jubilar que no solo trae consigo la remisión de los pecados y las penas por estos, sino que también, desde sus orígenes, un año jubilar es un tiempo de restitución. De restitución de la esperanza, de la justicia, de la solidaridad. De la reconciliación entre adversarios, de recobrar la paz con nuestros hermanos. Y en este contexto jubilar, el significado de este hermanamiento adquiere su mayor plenitud

Clavado en una cruz, aquel que entrando triunfante en un humilde pollino, todo el pueblo ha de aclamar, para después tornar su destino y convertirlo en el más amargo de los caminos. Gritemos ¡Hosanna al Hijo de Dios! Miradlo como entra triunfal a los lomos de un pollino, aclamemos al Salvador, al Mesías, al Hijo de David.

Que cambiante somos los hombres, aclamamos un día al que estamos dispuestos a condenar al día siguiente. ¿Cuál es nuestro precio? Porque eso es lo que nos demuestra Jesús con su entrada triunfal en Jerusalén, que el ser humano tiene un precio para todo, incluso para entregar al Hijo del Hombre. Sino decidme: ¿cómo se puede pasar del “¡Hosanna!” al “¡Crucifícalo!”? ¿Cómo podemos pasar de alabar al Mesías con palmas y olivos a la ignominia más absoluta y cruel?

Que lección más grande nos da Jesús, porque El sí sabe lo que está pasando. Y cuanto tienen que doler esas aclamaciones cuando conoces el destino que los mismos que te aclaman, están dispuestos a darte. Qué tristeza más grande debió de sentir entre tanta alegría, entre tanto júbilo. Qué soledad debió de sentir entre tanta multitud.

Pero todo ha de cumplirse, su destino está escrito con letra clara y concisa por la mano del Padre. Y al fin y al cabo, nosotros los hombres no somos más que extras en la gran escena de la pasión. Extras que tienen que cumplir con lo escrito en el guión, aunque este guión se ha escrito como consecuencia de nuestros actos y en la mayor expresión de grandeza divina, aún a pesar de nuestros actos. Y tenemos que gritar ¡Hosanna al Redentor!, porque en nuestra ignorancia lo decimos con el corazón. Y con el corazón que nos habla henchido de gozo y alegría, año a año gritaremos al ver llegar al Triunfante: ¡Costaleros adelante!

Después del recibimiento multitudinario, de la aclamación de todo un pueblo, ¿Qué queda? Solo quedas Tú, Jesús, y enfrente te encuentras con tu madre, con María, siempre presente, Jesús y María frente a frente. Jesús del Perdón y tú mi Virgen de los Dolores os cruzáis la mirada y sobran las palabras.

La llena de gracia, la esclava del Señor, entiende en esos momentos la profecía de Simeón: *"Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para señal de contradicción ¡y a ti misma una espada te atravesará el Alma! (Lucas 2,33-35).*

Y con una espada atravesándole el alma viene María, porque ve en la mirada de Jesús, que todo está a punto de consumarse, ve en la mirada de Jesús que no hay posibilidad de marcha atrás. Pero también ve en la mirada de Jesús, perdón. Perdón por todos nosotros, perdón desde la misericordia de todo un Dios entregado a los hombres.

Y embriagados por el perfume del incienso, en una plaza abarrotada de gente expectante, sentimos como Jesús se eleva bajo los hombros de sus costaleras, dispuesto a entregarnos ese perdón, y como su madre, María, manda arrodillar a los suyos para recibir el perdón en nombre de todos nosotros, y una lágrima corre por sus mejillas, y una espada siente que le atraviesa el corazón, porque sabe el camino que su hijo amado, está dispuesto a tomar. Y El Hijo, necesita inclinar la mirada al suelo, puesto que más grande que el dolor que va a sufrir, es el dolor que siente en su Madre.

*Qué pena debes tener
Señora de los Dolores,
al que tú le diste el ser,
el Amor de los amores
camina a la muerte más cruel.*

El aclamado como Rey, ve a la multitud dispersarse, los gritos de alabanza, las voces enardecidas que lo vitoreaban, lo proclamaban Rey de Israel, se enmudecen, callan, se esconden, lo ignoran. Incluso los suyos, sus amigos más allegados, aquellos que han sido agraciados con sus palabras, con su mensaje, con su amistad; no llegan a entender lo que está ocurriendo, y simplemente comienzan a desaparecer. ¿Y quién queda junto a Ti, Jesús? Solo unos pocos.

Y así la mañana de palmas y olivos se convierte en tarde de mantilla y velo negro. Las palmas blancas de la mañana se han tornado en luz de cirios y resplandor de velas, que al ritmo de las bandas de tambores y cornetas nos anuncian el paso de esos pocos que quedan acompañándote, en una manifestación de confianza, de entereza, de convicción y de fidelidad absoluta.

Y entre los más incondicionales María Salomé y María Cleofás, tus Santas Marías, siempre fieles, sencillas, sin dobleces. Siempre junto a María al servicio de Jesús, sin caer en el desaliento te acompañaron hasta el final, te vieron humillado, azotado, desfigurado, tuvieron que quitarte de la cabeza la injuriosa corona de espinas, cerrar los ojos de tu cuerpo inerte, lavar y adecentar tu cuerpo destrozado, envolverlo en una sábana y ver como lo depositaban en un sepulcro.

Como presente se mantuvo siempre Juan, el discípulo amado que supo permanecer junto a su Maestro en las horas más duras y crueles. Supo estar junto a María cuando más falta le hacían sus seres queridos. Y fruto de su fidelidad más absoluta recibe el encargo más maravilloso que un hijo puede dar en sus últimos momentos de vida: "Mujer aquí tienes a tu hijo". Porque la voluntad de Dios fue que desde la anunciación, la maternidad de María se extendiese a toda la humanidad, y en este momento, en el instante del sacrificio supremo de Jesús, esta voluntad se manifiesta en su dimensión universal.

Y junto a ellos, María Magdalena, la perfumista del Señor, la pecadora arrepentida que no solo supo ver en Jesús el perdón, sino que además supo aceptarlo y ser consecuente con la gracia infinita que se le había otorgado, porque su perdón emanaba de su fe ciega en el Maestro, de su necesidad de creer en Él, de la sinceridad de sus actos cuando de forma espontánea lava los pies del Cordero, los seca con su cabello y los perfuma.

Todos juntos, en la noche de Domingo de Ramos, acompañando a Jesús del Perdón y a la Virgen de los Dolores en la noche de la mantilla callosina.

*Soy tu nazareno y contigo, Señor,
quiero compartir este momento.
Por mis faltas vas al suplicio,
pero permíteme que te diga,
como el cirineo, quiero compartir tu Cruz,
la Cruz de mis errores...*

Martes Santo de cruces, antorchas y saetas, noche de meditación, de reflexión y penitencia. Martes penitencial, de cirineos que comparten la Cruz de Cristo sobre sus hombros. Tambores de verde que anuncian la llegada del Cristo de la Caída sobre los hombros de sus costaleros. Nazarenos de Cristo que reflexionan sobre el motivo de los momentos que estamos viviendo, y que siendo conocedores de la causa de tu suplicio, siendo conscientes que en el madero de Cristo, no solo está escrito que es el rey de los Judíos, sino que están escritos todos y cada uno de nuestros pecados, de nuestras faltas, de nuestras injusticias, de nuestras iniquidades, están dispuestos a mirar a la cara a Cristo caído bajo el peso de la Cruz y decirle: quiero compartir tu Cruz, porque esa cruz es la de mis errores, quiero ser tu cirineo y llevar la cruz sobre mis hombros, quiero compartir contigo tu calvario y ser merecedor de tu gracia infinita.

*Para prenderte, Jesús,
Bastaron treinta monedas
Que el Hijo de Dios seas Tú
No habrá nadie que lo crea
Sólo te espera la Cruz.*

La Cruz, ese es el destino que le espera al Mesías, esa es la voluntad del Padre, una voluntad de la que Jesús es consciente, no se le ha ahorrado el desconocimiento previo, o la esperanza de un dolor menor. Y Jesús necesita orar con su Padre, recibir por última vez su consuelo, manifestar que está dispuesto a cumplir la voluntad del Padre, a beber del cáliz amargo de la pasión. Necesita retirarse a orar en el Huerto de los Olivos, junto a los suyos, y los suyos que somos todos y cada uno de nosotros, no somos capaces ni siquiera de vencer el sueño, de permanecer a su lado en esas horas de angustia y desconsuelo.

Angustia porque Cristo se ve flagelado, humillado, escupido, coronado de espinas, sometido a un castigo cruel e inhumano, pero nadie se apiada del maestro.

*Hasta la luna se para,
al ver tu cuerpo escarnecido,
y con su luz, limpia y clara,
quiere limpiarte, Señor,
la sangre que va en tu cara.*

Y así, con el cuerpo desfigurado, irreconocible por las heridas y por la sangre que cubre su cuerpo es presentado ante la multitud como el Hombre: "Ecce Homo", por un juez injusto por su cobardía y culpable por su prevaricación. Pero Jesús no obtiene compasión de su pueblo.

En vez de compasión, recibe una condena y un madero, ese es el único premio a tu bondad que estamos dispuestos a darte.

*Pesa mucho ese madero
con que te han cargado, Jesús.
y aunque seas Dios verdadero
esa Cruz es mucha Cruz
para tan humilde Cordero.*

Cargado con una Cruz va Nuestro Padre Jesús, cargado con todos los pecados de la humanidad, soportando Él solo, el peso de la salvación, rompiéndosele el alma al ver la Amargura en el rostro de su Madre, que se resiste a dejar solo a su hijo, a su único hijo, en los momentos más difíciles que ha de pasar. Instantes de emoción que se reflejan en los rostros de los costaleros y costaleras en el momento en que Jesús, Nuestro Padre Jesús, espera a su Madre, la Virgen de la Amargura, para lanzarle una última mirada de consuelo, de fe y esperanza.

*No llores Tú, Madre mía.
Amargura, perla morena,
Porque esa pena encendida
Que te tiene consumida
es también, Madre, mi pena.*

Pena que se refleja en los rostros de los humildes de corazón, en el pueblo llano y sencillo, en mujeres como la Verónica, que quiere compartir la pena de María y se apresura al ver pasar a Jesús del madero para limpiar la faz divina, venciendo el miedo en medio de una multitud llena de odio e indiferencia.

Decenas de tambores acompasados nos anuncian que todo está consumándose, tambores y velones moraos que anuncian la llegada del Calvario, que anuncian la llegada del Rey de los Judíos, del Hijo de Dios realizando el sacrificio supremo, de Jesús convertido en sacerdote y víctima. Y a sus pies Juan, Magdalena y María su madre, destinatarios de los últimos mensajes de Cristo, mensajes en los que no hay odio, sino amor y comprensión para sus verdugos: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*.

*Siete palabras dijeron
tus labios en este momento,
siete palabras que fueron
de pena y de sentimiento
por lo que contigo hicieron.*

Siete frases, siete palabras representadas en el Cristo de la Expiración, el Cristo que en las puertas de la muerte, aún sintiéndose abandonado por su padre, comprende que todo ha de cumplirse, que el sacrificio ha de consumarse, que su muerte es vida y salvación para todos nosotros, y en las manos del Padre encomienda su espíritu y nuestra redención.

El sonido de los tambores de las Siete Palabras, deja paso a vestas blancas y capas azules, blanco de vida aún en la muerte, de inocencia en la iniquidad, azul de verdad eterna, de inmortalidad. Porque Cristo en su Agonía, nos está mostrando el camino de la vida, el camino de la salvación, porque la consumación de la muerte de Cristo es el punto de partida de la vida eterna.

La Virgen de las Angustias recibe a su hijo inerte, sin vida, mantiene la cabeza de su hijo en su regazo, desolada, angustiada, con el corazón desecho de tanto dolor, de tanta injusticia, con la mirada hacia el cielo, buscando el consuelo del Padre Eterno, recordando sus ya lejanas palabras: “he aquí la esclava del Señor...” aceptando de nuevo la voluntad de Dios. Siente angustia porque sufre con la muerte terrenal de su hijo, como todos nosotros sufrimos al perder un ser querido. Pero tiene certeza absoluta de las palabras de Jesús, tiene fe ciega en Dios y sabe perfectamente que la muerte es solo el principio de la vida eterna.

Tras la noche de la Pasión de Cristo, la Semana Santa callosina da paso a una de las noches más importantes del año. La noche en la que Jesús instauró la Eucaristía, para que las generaciones posteriores recordaran el sacrificio y la entrega de todo un Dios a los hombres.

Las calles perfumadas por el azahar de nuestra huerta, se combinan en esta noche con el olor a incienso y cera. En la noche de silencio, en la noche en la que nos despojamos de todos los adornos superfluos, como Cristo fue despojado de sus vestiduras.

*Vámonos al cielo con Ella
costaleros, por igual,
que esa madrecilla buena
es mi Virgen Macarena
que tras su hijo va.*

La representación pasional del Jueves Santo Callosino, posee una belleza y un sentimiento difícilmente superable, la oscuridad, el silencio solo roto por bocinas y tambores sordos que acompañan y anuncian la llegada de la Virgen Macarena y del Cristo del Silencio, nos envuelven en un manto de aflicción, de sentimiento de tristeza, de angustia.

De angustia al ver pasar a la Virgen Macarena, a la Madre que ha perdido al Hijo y que como madre busca consuelo. A la madre que a hombros de sus costaleros recorre en la oscuridad de la noche, las calles de nuestro pueblo en busca de su Hijo, porque su Hijo, aquél que ahora va crucificado en una Cruz, es la Esperanza de la Humanidad, y Ella quiere ser transmisora de ese mensaje. María que ha sido Virgen del Dolor, de la Amargura, de la Angustia, de la Soledad, quiere ser también la Virgen de la Esperanza.

Bocinas que en el silencio de la noche nos estremecen, un tambor que marca un ritmo cadencioso, un tono suave, casi tímido porque no quiere molestar en la noche de Jueves Santo, solo quiere llamar la atención sobre lo que está sucediendo y quiere hacerlo en silencio. Túnicas negras que se confunden en la oscuridad, tenues luces de cirios y velas acompañan al Cristo del Silencio, a Jesús enmudecido por el hombre, a Jesús Crucificado con la mirada puesta en el cielo, una mirada de amor, de entrega, "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*". Es la última mirada, la última palabra, la última expresión. En estos momentos solo queda silencio.

Silencio y luto que nos acompañan hasta la noche de sábado, luto en el ceremonial del Santo Entierro de Cristo, todos unidos bajo un solo estandarte, bajo una sola bandera; bandera negra de dolor, de muerte, de sacrificio concluido. Caballeros de negro que portan sobre sus hombros a Cristo yacente, al cuerpo inerte de Jesús. Caballeros de negro que acompañan el duelo a la luz de las velas, rostros serios y afligidos. Ceremonial acompañado de marcha fúnebre que a su vez es un canto a la Vida, a la fe y a la esperanza. Niños de blanco inmaculado acompañan el cuerpo sin vida del maestro, banda negra de luto, pero vestido blanco de vida.

La Señora sigue a tu lado, Señora de negro, de mirada afligida, de tristeza compasiva, Señora de la Soledad. Soledad por haber perdido al hijo, soledad por la indiferencia de los hombres, por la rabia desatada en quienes no entendieron el mensaje, por la cobardía de los que te abandonaron, por el miedo de los que huyeron. Pero soledad con dulzura, con compasión, con comprensión, porque sabes que la soledad que te embarga es sólo un amargo tránsito hacia la verdad plena.

Jesús ha muerto, su cuerpo está yacente envuelto en un sudario, un cuerpo destrozado, desfigurado, su aspecto ya no es el de un hombre, su apariencia ya no es la de un ser humano. Su misión como hombre ha concluido.

Pero Jesús no es un hombre que se ha convertido en dios, como consecuencia de su Pasión y Muerte; porque si así fuera, su mensaje, por profundo que fuese, solo sería el mensaje de un mártir atrapado en las propias consecuencias de sus actos. Jesús es Dios convertido en hombre por voluntad propia, y como Dios está dispuesto a volver.

Como las mujeres de aquel domingo hace dos mil años, los nazarenos que han vivido con emoción toda una semana de pasión, se levantan temprano, con la primera luz del día, y con el albor de la mañana, en silencio, repiten por última vez el ritual que han realizado en los días anteriores, vuelven a vestir su túnica, se ciñen por última vez su cinto, dejan volar su capa, y capuchón en mano, inician desde todos los puntos cardinales de nuestra ciudad un peregrinar hacia el punto de encuentro de este domingo.

Domingo que se inicia de luto, rostros todavía ocultos acompañan a los estandartes de las cofradías y Hermandades, cintas negras jalonan las varas de mando, rostros serios en nazarenos de hombros doloridos, que se resisten a faltar al instante que todos con impaciencia esperamos. Música lenta, sosegada, de esperanza contenida, acompaña a la todavía Señora de negro. María cubre su rostro bajo un manto negro de duelo, apenas deja intuir su rostro cansado, agotado por tan intensos días de sacrificio. En respetuoso silencio el cortejo inicia su camino buscando un sepulcro que ha de encontrar vacío.

Una plaza abarrotada de gente espera expectante la llegada del cortejo, y con él, al Caballero que portando la bandera negra de muerte ha de dar un paso al frente, porque no encuentra un cuerpo desfigurado e inerte, sino que lo que ve a su llegada es la máxima expresión de vida. Instantes de respiración contenida, de corazones que laten con fuerza embargados por la emoción del momento, bandera que ondea en el aire saludando a aquél que ayer dejamos yacente y hoy lo encontramos de nuevo en la vida. La Señora del manto negro se acerca a contemplar el rostro divino de Jesús y el Caballero que fue de bandera negra, retira en un ritual de tradición arraigada el manto negro que cubre la cara que fue de dolor, de amargura o soledad, para descubrir un rostro que se ha tornado en alegría, en felicidad al ver cumplida la victoria de Jesús ante la muerte. La emoción contenida se desata, los rostros ocultos se hacen visibles, la bandera negra de muerte se convierte en bandera blanca de vida.

El domingo que comenzó de luto, se ha tornado en Domingo de Gloria, porque la resurrección de Cristo es la demostración última de que nuestro Dios es el dios de la Vida; de gozo y júbilo, porque su victoria sobre la muerte nos abre las puertas de la vida eterna.

Imitemos a María Magdalena y a las mujeres que le acompañaban en esa mañana de domingo de hace dos mil años, salgamos a la calle y proclamemos que el sepulcro de Jesús está vacío. Gritemos: ¡Aleluya! Porque Cristo, Jesús, al que hemos visto Crucificado y muerto en una Cruz, ha resucitado, ha vuelto para darnos la vida plena. Acompañemos a Jesús Resucitado, y a María, la Virgen del Amor Hermoso en el día en que proclamamos la victoria definitiva sobre el pecado, el triunfo de la vida sobre la muerte. Anunciamos la buena nueva para que todo el mundo *conozca lo que nadie vio ni oyó, y ni siquiera pudo pensar.*

Esta es mi Semana Santa, la Semana Santa callosina, la que siento y vivo, la que quiero compartir y transmitir. Una Semana Santa que sobrepasa la riqueza material que poseemos para profundizar en el gran tesoro espiritual de nuestra fe, en la certeza de la muerte de Cristo y en la proclamación de su resurrección, sin la cual nada tendría sentido.

Manuel Carmelo Serrano Serrano
Sábado, 28 de marzo de 2009
Iglesia Arciprestal de San Martín
Callosa de Segura

Pregón 2009 Callosa de Segura M. Serrano